nido al fin la codiciada mano de la reina. Indigna esposa, se ha cansado de esperar al infeliz con quien fué unida en sus juveniles años.»

En esto Ulises, servido por la anciana Eurinomia, toma un baño y se perfuma y viste magnífico traje. Por disposicion de Minerva derrámase por toda su persona divina majestad, y al entrar otra vez en la sala se le habría tomado por un dios. Sentado en su trono, á poca distancia de Penélope, transcurridos algunos instantes de silencio, dijo:

«—Mujer extraordinaria, no habrá ninguna que tenga cual tú insensible el corazon. No existe en el mundo esposa que persistiese en mostrar tal frialdad al esposo que despues de veinte años de ausencia volviera á la tierra natal á traves de tantas desgracias. Nodriza, reposo he menester, y, por lo tanto, prepara mi lecho; el hierro es ménos duro que el corazon de mi esposa.

»—Noble varon, respondió Penélope, regla de mi vida ha sido siempre una prudente circunspeccion; no siento desvío ni altivez, pero tampoco me dejo alucinar ni arrastrar por apariencias. Grabadas están en mi corazon las facciones de Ulises, tal como le ví el dia aquel en que su nave se alejó de las riberas de Itaca. Euriclea, obedece sus órdenes; disponle en apartada estancia el lecho por él mismo labrado y adórnalo con pieles y ricos tapices.»

Esto dijo Penélope, con objeto de probar á Ulises, y, en efecto, poseido éste de enojo contra su esposa, gritó:

«—¿Qué oigo? ¿Quién ha podido sacar de su sitio mi sagrado tálamo? La mano de un dios ha debido ser, pues no hay mortal que ni en el vigor de la edad pueda siquiera menearlo, á no ser con redoblados esfuerzos. Aquel tálamo, labrado con arte (y estas palabras han de disipar del todo tus recelos), es obra mia, exclusivamente mia. En el recinto del patio crecía un olivo de dilatada copa; su sólido tronco, que se alzaba recto cual esbelta coluna, fué el centro á cuyo alrededor construí con sillares perfectamente unidos mi cámara nupcial. Cubierta que estuvo con hermosa techumbre y dotada de macizas puertas, corté el frondoso ramaje; el tronco, pulido con el hierro y con arte trabajado, quedó como magnífico sosten de mi tálamo, y en él confundían el oro, la plata y el marfil sus brillantes matices. Si no descansa ya en su antiguo fundamento, ¿quién ha sido el temerario que lo ha trasladado á otro lugar? ¿qué hombre se ha atrevido á abatir el antiguo y venerable tronco?»

Estas palabras llevan el convencimiento al ánimo turbado de Penélope; palpita con fuerza su corazon, dóblanse sus rodillas y parece que la abandona el sentido. A sus ojos acude un torrente de lágrimas, y corriendo hacia Ulises con los brazos abiertos, se cuelga de su cuello y se deshace en demostraciones de intenso cariño.

«—No me guardes rencor, esposo mio, tú que en todas las ocasiones fuiste dechado de prudencia, le decía. Perdóname si desde el primer momento no he dado suelta á mi corazon, si, como ahora, no te he estrechado en mi seno. Era grande mi temor de que burlase mi confianza un extranjero; son tantos los hombres que sólo respiran engaño! Nunca Helena habría recibido á un extraño en su tálamo á prever que había de llegar un dia en que fuese devuelta avergonzada á su patria por los belicosos hijos de Grecia. Inspiróle un genio maléfico la audacia de ejecutar vil y odiosa accion, y su alma no conoció el veneno que la inficionaba hasta sentir sus estragos. Pero tú me has dado de tí mismo prueba irrefragable; me has descrito nuestro tálamo que no ha sido visto por mortal alguno, excepto por tí y por mí, y por la esclava Actoris, que me fué dada por mi padre para acompañarme á Itaca y que vela en la puerta de nuestra cámara nupcial. De la prudente obstinacion que hacía parecer á mi alma dura é insensible triunfaste al fin, esposo mio.»

A tales razones Ulises, enternecido, no puede contener el llanto, y riega con él el bello rostro de su esposa, á la que estrecha contra su corazon. Penélope, por su parte, no acertaba á apartar del semblante del héroe los embelesados ojos ni desprender de su cuello sus brazos de alabastro; la Aurora, al derramar por el cielo sus rosados rayos, habríalos hallado entregados aún á expansiones de gozo acompañadas de amargas memorias, si Minerva, deteniendo al sol en las aguas del Océano, no hubiese retardado el momento en que, arrastrado en su brillante carro, inunda con su diáfana luz á los mortales.

«—No hemos llegado aún, esposa mia, dijo Ulises rompiendo el prolongado silencio, al término de nuestras desventuras, cuya senda, por disposicion del Hado, es para nosotros muy larga. Guárdame el tiempo futuro tristes y penosos trabajos, á los cuales me toca dar cima, segun me predijo la sombra de Tiresias el dia en que el deseo de alcanzar para mis compañeros y para mí feliz regreso, me impulsó á descender á la mansion de los infiernos. Pero demos al olvido nuestros males y sea el sueño bálsamo para nuestros infortunios.

»—Díme ántes, yo te lo ruego, las desgracias á que nos toca hacer frente todavía. No me las ocultes, esposo mio, pues tengo el valor necesario para saberlas desde ahora.

»—¿Por qué, infeliz, me incitas á descubrirte el oráculo? Pero, pues lo quieres, sea, por más que desde este momento sentirás como yo acibarada por el pesar la felicidad presente. Con un remo en la mano tócame recorrer otra vez la tierra hasta llegar á un pueblo para quien sea el mar ignorado, un pueblo que no condimente con sal sus manjares y que jamas haya visto coloradas proas ni tajadores remos. Señal para dar por concluida mi carrera será oir decir á un transeunte, al mirar el remo que llevaré al hombro:—Es el bieldo de Céres.—Entónces he de clavarlo en el seno de la tierra, inmolaré á Poseidon un macho cabrío, un toro y un cerdo, y de regreso á mi casa haré correr la sangre de una hecatombe en honra de los inmortales. Aplacado el enojo que contra mí abrigara la divinidad de los mares, exhalaré suavemente el último aliento, libre de tempestades, despues que dichosa ancianidad me haya conducido por grados al borde del sepulcro, viendo al morir felices á mis pueblos. Esto se encierra para mí en los dias futuros.

»—Pues los dioses, dijo Penélope, te aseguran una ancianidad que ha de hacerte olvidar los pasados reveses, consolémonos con la esperanza de que ha de ser aquella para tí seguro y tranquilo puerto.»

Precedidos de Eurinomia, que alumbra sus pasos, dirígense los felices esposos á la cámara nupcial. Cesan las danzas en la sala, las damas se retiran á su estancia, y á poco queda envuelto el palacio en profundo silencio.

La virtuosa Penélope refiere á Ulises cuántas amarguras hubo de sufrir por el continuo espectáculo de la turba desenfrenada que, con pretexto de aspirar á su mano, sembraba por do quier el agravio y la devastacion. El magnánimo Ulises cuenta á su vez sus hazañas en los campos de Ilion y la incesante lucha que despues hubo de sostener con la desgracia; en su relato nada interesante omitió, y la reina, pendiente de sus labios, no se entregó al descanso hasta que quedó dormido, despues de referir su última aventura, el fatigado Ulises.

Á la primera luz del alba dejó éste el regalado lecho, diciendo á su esposa:

«—Tú y yo hemos apurado ¡oh Penélope! la copa del infortunio hasta las heces; tú, que con incesante lloro implorabas mi venida; yo, á quien Zeus y los dioses todos, á pesar de mis preces y de mis esfuerzos, encadenaban, al parecer para siempre, lejos de mi patria; mas al fin ha querido el cielo ponernos en brazos uno de otro. Ahora quedarás tú velando sobre los bienes que en esta morada están; en cuanto al ganado de que me han despojado mis inícuos enemigos, los dones que conmigo traigo y las ofrendas de mis pueblos me desquitarán de aquella pérdida. Yo me dirijo á visitar en su huerto á mi venerable padre, acabado por la ausencia de su hijo. Cuando, al avanzar el dia, difunda la Fama la noticia de la muerte de los príncipes, enciérrate con tus camareras en recóndita estancia, y sea cual fuere el tumulto y la conmocion popular, no salgas ni te presentes.»

Dijo, y vistió su temida armadura; llamó á Telémaco y á los dos pastores con órden de empuñar igualmente sus armas, y salieron del palacio los cuatro, dirigiendo sus pasos fuera de los muros de Itaca, al tiempo que Hermes, el dios de Cileno, teniendo en la mano el dorado cetro, reunía á las sombras de los príncipes muertos por Ulises y las guiaba á la mansion de las tinieblas [1].

Llegaron Ulises y sus compañeros á la morada de Laertes, rodeada de rústicas chozas do se alojaban los pocos servidores que el anciano rey conservara y que cumplían su cometido, más que por deber, por afecto y gratitud. Una esclava siciliana, cargada de años y de merecimientos, cuidaba del triste Laertes. Junto á la puerta dijo Ulises á su hijo y á los dos pastores, entregándoles sus armas:

«—Entrad vosotros en la casa, y disponed lo necesario para un sacrificio y la comida. Yo me dirijo al huerto á presentarme á mi padre por ver si me reconoce despues de tan larga ausencia.»

Recorre el héroe en todas direcciones el dilatado huerto sin encontrar á esclavo alguno, pues todos habían salido al campo á apañar piedras para recomponer el muro de cerca, y así llega, sin ser observado, á delicioso verjel, donde vé, escardando la tierra al rededor de recientes plantaciones, á su padre, que estaba enteramente solo. Vestía el anciano una raida y empolvada túnica, y usaba botines y guantes para precaverse de los zarzales y malezas.

Á la vista del infeliz, agobiado por la edad y los pesares, el intrépido Ulises, arrimado á frondoso peral, sintió partírsele el corazon y prorumpió en llanto; la fuerza del cariño empujábale á precipitarse en brazos de su padre, á cubrir de besos sus canas, á referírselo todo, sus desventuras, su regreso á la tierra natal; pero temiendo pudiese serle funesto tan repentino gozo, adelantóse hacia él á fin de prepararle para la gran noticia.

«—Anciano, le dijo para atraer su atencion, pues Laertes con el cuerpo inclinado al suelo no había reparado en su llegada; en cuanto miro observo tu saber y tu excelente cuidado; no hay aquí árbol ni planta que no muestre su vigor y lozanía; una sola cosa descubre desidia, y esta, no te ofendas, es tu traje. Como si no fuera bastante la triste vejez que sobre tí pesa, usas vil y sucia vestimenta, con lo que muestras el poco aprecio que hace de tí tu señor. Y sin embargo, quien con atencion te mire verá que tus facciones, que tu porte no descubren huellas de servidumbre; ántes bien parécesme un rey á quien por su edad avanzada le fuese ya lícito no tener más pensamiento que el baño, los festines y el blando reposo. Díme, pues, quién sea tu amo, quién el dueño de este huerto por tí con tanto esmero cultivado. Y díme, ademas, si he llegado en efecto á la isla de Itaca, pues aunque un viandante así acaba de asegurármelo, no me inspira su dicho confianza por la precipitacion con que de mí se ha separado, sin dignarse siquiera oirme cuando le he preguntado si mi antiguo amigo existía aún, si había sobrevivido á sus des-

[1] Véase tomo I, pág. 206.

gracias, ó si, difunto ya, moraba en la tenebrosa mansion. A tí me dirijo ahora, y no te negarás á escucharme: sabe que mi casa recibió un dia á un huésped del que conservo indeleble memoria; nunca llegó á ella de lejanas tierras mortal que me fuese más querido. Decía haber nacido en Itaca y tener por padre á Laertes, hijo de Arcesio. Para agasajarle dignamente multipliqué en su favor los presentes de la hospitalidad; díle siete talentos de oro fino, una copa de plata cincelada, doce magníficos tapices, otras tantas túnicas y capas preciosas, y á eleccion suya cuatro cautivas ilustres por su hermosura y por la industria de sus manos.

»—Extranjero, le respondió Laertes con voz acongojada y llorosa, has llegado, en efecto, á la isla de Itaca, tierra en que imperan ahora hombres insolentes y perversos. Inútil fué que tu generosidad colmara á aquel huésped de presentes; no está aquí, que si estuviera te habría recibido con afecto en su palacio y de él no habrías partido sino cargado de dones. Pero díme tú ahora: ¿cuántos años han pasado desde que recibiste en tu casa á aquel amigo infeliz, que fué mi hijo? ¡Ay! triste víctima del destino, lejos de los suyos y del patrio suelo, ignoro en qué lugar le devoraron los marítimos monstruos, ó si ha sido víctima de las fieras del aire ó de la tierra. Sus padres, los que le dimos la vida, no hemos podido tener en nuestros brazos su cadáver ni con nuestras lágrimas regarle; á su ilustre esposa, á la casta Penélope, no le ha sido dable cerrar los ojos de un esposo idolatrado, ni llorar junto á su fúnebre lecho, honras que son el único patrimonio de los muertos. Pero ¿á quién estoy hablando? ¿Quién eres? Díme tu nombre, tu patria y la nave que á estas playas te ha traido.

»—Nada te ocultaré, dijo Ulises. En Alybas tengo mis palacios; es mi padre Afidas, hijo de Polipemon, y mi nombre es Eperites. Una divinidad torció mi camino al dejar la isla de Trinacria y me arrojó á estas costas, y en ellas está varada mi nave. Cinco años han cumplido desde que Ulises salió de mi morada bajo los más favorables auspicios, tanto que uno y otro estábamos seguros de volvernos á ver y renovar los testimonios de nuestro cariño.»

Estas palabras causaron al anciano intenso dolor, y miéntras cubría de polvo sus venerables canas, exhalaba de su pecho hondos gemidos. Con los ojos fijos en aquel padre desolado, oprimido el pecho, jadeante, Ulises no puede contenerse por más tiempo, y precipitándose sobre Laertes, le abraza y le besa repetidas veces el rostro y las manos.

«—En tus brazos está ¡oh padre mio! le dice, quien es causa de tus crueles pesares; despues de veinte años de ausencia vuelvo á ver al fin mi tierra natal. Enjuga tus lágrimas, cese tu amargo duelo, y sabe en pocas palabras (pues el tiempo urge) que he inmolado á mis enemigos en nuestro propio palacio, que han sido vengados nuestros agravios y que sus delitos quedan castigados.

»—¿Será verdad? dijo asombrado Laertes. ¿Eres tú mi hijo Ulises? Si es así dáme ahora mismo una prueba que me obligue á prestar fé á tus palabras.

»—Mira, repuso el héroe, la cicatriz que ha dejado en mi muslo el colmillo de terrible jabalí cuando por órden tuya y de mi madre venerable fuí á Tessalia para recibir de Autolico los presentes prometidos. Si es preciso te enseñaré los árboles de este huerto que tu liberalidad me cediera; recuerdo que siendo niño iba en pos de tí por estos senderos, pidiéndote cuánto á mi vista se ofrecía. Al pasar por estas arboledas me explicabas los nombres y las cualidades de varios árboles, y me regalaste un dia un pequeño coto con trece perales, diez manzanos, cuarenta higueras y ademas cincuenta ringleras de cepas prontas para la vendimia. Todos los años se doblaban al peso de toda clase de racimos, y las Horas, hijas del cielo, derramaban sobre ellas sus más ricos tesoros.»

A pruebas tan evidentes, Laertes, conmovido y tembloroso, vacila y ciñe con sus brazos el cuello de su hijo, quien hubo de sostenerle entre los suyos. Transcurridos algunos instantes abre el anciano los ojos, y volviendo en sí dice con alborozo:

«—Padre de los hombres, ilustre Zeus, y vosotros todos, moradores del excelso Olimpo, justos sois, pues habeis impuesto á los malvados la pena por sus sacrilegios merecida. Pero áun en medio de mi indecible alegría, no puedo ménos, hijo mio, que sentir gran temor: paréceme ver llegar á estos sitios en son de guerra á los habitantes de Itaca y á sus emisarios dirigirse presurosos á levantar las ciudades de Cefalenia.

»—Tranquilízate y no turbe este pensamiento tu alegría, dijo Ulises. Entremos en tu casa, donde están Telémaco y dos fieles mayorales de mis rebaños disponiendo una frugal comida. Los instantes son preciosos é importa reparar nuestras fuerzas.»

Encamínanse los dos á la casa, donde ya Telémaco y los pastores tenían dispuestos los manjares. Laertes no rehusa ya bañarse; la esclava siciliana le perfuma con olorosa esencia y le cubre con vistoso traje. Minerva, invisible junto á él, vigoriza su cuerpo y realza su fuerza y majestad, tanto que al presentarse otra vez á su hijo, cree éste ver á una divinidad.

«—Padre mio, dijo, un dios te ha remozado, y no vuelvo de mi asombro al contemplar tu vigor y lozanía.

»—Si los dioses me hubiesen permitido estar ayer á tu lado tal como era cuando, acaudillando á los Cefalenios, conquisté la ciudad de Nericia, baluarte del inmediato continente, ¡ah! entónces, al ver á tus numerosos enemigos arrollados por la fuerza de mi brazo, habría sido grande tu admiracion.»

Sentáronse todos á la mesa, y en esto llegaron del campo el esclavo Dolio y sus hijos, quienes, al ver á Ulises y al conocerle, quedaron inmóviles y mudos de sorpresa.

«—Entra, anciano, dijo Ulises, y siéntate para tomar tu parte en la comida. Llegad tambien vosotros y participad de la comun alegría.

»—¡Oh mi buen señor! exclamó Dolio besándole las manos. Nuestros ardientes votos han sido atendidos; séanlo tambien en adelante, y concededle ¡oh dioses! larga série de venturosos dias.»

A iguales demostraciones de contento y lealtad se entregan los hijos de Dolio; siéntanse luego junto á su padre, y resuenan en la rústica morada los inusitados ecos de alegre festin.

Pero ya en esto habíase difundido por la ciudad la siniestra noticia de la violenta muerte dada á los pretendientes de la reina; gran muchedumbre reúnese delante del palacio de Ulises, y de ella así salen sediciosos gritos como lastimeros sollozos. Vése allí un grupo llevando el yerto cadáver de un pariente ó de un amigo para darle sepultura; colocan otros en barcas los inanimados restos á fin de trasladarlo á su patria. La multitud va en aumento, y más y más se enardece cuando de entre sus apretadas filas sale Eufites, desconsolado por la muerte de su hijo Antinoo, que fuera el primero en morir á manos del irritado esposo. Ardientes lágrimas surcan las mejillas del infeliz padre, y con voz entrecortada por sollozos dice:

«—¡Funesto, amigos mios, ha sido para los Griegos ese rey feroz y bárbaro! A los unos, ilustres por su número y valentía, arrástralos á los tormentosos mares, convirtiendo á Grecia en un desierto, y allí zozobran sus naves y perecen todos; á los otros, sin tener en cuenta su elevado rango, dáles muerte á su regreso. Corramos, pues, á la venganza ántes que pueda huir á Pilos ó á la Élide; si le dejáramos salir impune de la isla quedaríamos cubiertos de eterna ignominia. Caigan, pues, á nuestros golpes los asesinos de nuestros hijos y de nuestros hermanos, y sepan las generaciones futuras á un tiempo mismo la afrenta y el castigo. Si así no obrásemos, tan inaudita vileza sería para nosotros vergonzoso oprobio, y no habría para mí más refugio que la mansion sombría. Volemos, pues, frustremos la diligencia de nuestros enemigos, y no permitamos que embarcándose se libren de nuestro furor.»

Miéntras esto decía, surcaban el rostro de Eufites dos rios de lágrimas; en el compacto grupo no había quien no se sintiese movido á piedad por su desgracia, y el encono popular iba creciendo. De pronto se presentaron en la plaza Medon y Femio, los cuales, despertados por el tumulto, habíanse apresurado á salir á la calle; habiéndoles creido en el número de los muertos, los recibieron los amotinados con sorpresa y respeto, y á poco, elevando Medon la voz, les dijo:

«—Sabed, moradores de Itaca, que no sin auxilio de los dioses ha podido Ulises realizar sus admirables proezas; con mis propios ojos he visto á la divinidad que en figura de Mentor le acompañaba, inspirarle unas veces audacia y valor, y otras, turbar el juicio de los príncipes, que desatinados corrían de un punto á otro: de este modo pudo cubrir con sus cadáveres el suelo.»

El terror se pinta en los semblantes, y el anciano Haliterso, cuyos ojos penetran así en la oscuridad de lo pasado como en la noche de lo porvenir, aprovechó aquella coyuntura para dejar oir sus venerables consejos:

«—Ciudadanos de Itaca, dijo, pues aún es tiempo, atended á mis razones. De vuestra desgracia, á vosotros, sólo á vosotros debeis acusaros; cuando yo, á ejemplo del virtuoso Mentor, os rogaba que pusiérais freno al insensato delirio de vuestros hijos que devastaban la isla y rodeaban de dolor é ignominia la existencia de la reina, mi voz fué desoida y juzgásteis un sueño el regreso del temido héroe. No persistais en tan ciega obstinacion, y mostrándoos más dóciles, seguid mis consejos, acatad mis órdenes. Son éstas que permanezcais tranquilos, que os retireis á vuestras casas, y temed que haya entre vosotros quien, corriendo á la venganza, caiga exánime á los piés del vencedor.»

Gran parte del pueblo prorumpe en voces de aplauso y son muchos los que se retiran; pero otros, reuniéndose en compacto grupo, se resisten á la voz de Haliterso, y siguiendo la de Eufites, corren á las armas. Con aquel magnate á la cabeza, salen de la ciudad profiriendo gritos de muerte y de venganza.

Concluía en esto la frugal comida dispuesta bajo el rústico techo de Laertes, y Ulises mandó que saliera uno á la descubierta á fin de que, en caso de avanzar el enemigo, diera con tiempo la voz de alarma.

Uno de los hijos de Dolio se levantó, y al atravesar el umbral vió á corta distancia á la armada multitud y oyó la amenazadora gritería.

«—El enemigo está aquí, dijo, no hay tiempo que perder ¡á las armas!»

Con rápido movimiento se levantan Ulises y cuantos con él estaban; cúbrense con el guerrero bronce el héroe y los dos pastores; los seis hijos de Dolio imitan su ejemplo, y aunque encanecidos por los años, tambien Laertes y Dolio revisten en aquel supremo trance pesada armadura. Abierta luego de par en par la puerta salen todos, capitaneados por Ulises, y á la reducida hueste se une Minerva en figura de Mentor. El héroe, poseido al verla de gozoso ardimiento, dirigióse á Telémaco y le dijo:

«—Hijo mio, aunque confío que en la pelea, donde el esfuerzo se aquilata, has de oir de tu propio corazon lo que voy á decirte, quiero que por mis labios lo sepas: guárdate, pues estoy yo aquí, de deslustrar con la menor mancha la alta gloria de tus antepasados, que hasta hoy ha brillado como el sol.

»—Padre, contestó el ardoroso Telémaco, ni de tí puedo consentir que esto pienses, y en breve verás cómo me porto.

»—Gran dia para mí ¡oh dioses! exclamó con alborozo el anciano Laertes. ¡Cómo inunda mi alma la alegría al ver que la gloria excita entre mi hijo y mi nieto emulacion tan noble!»

Entónces Minerva ó Mentor, que estaba junto al anciano, le dijo:

«—Ilustre hijo de Arcesio, tú, que me eres tan querido, implora al padre de los inmortales y á la diosa de azulados ojos, y arroja tu lanza contra el enemigo.»

Sintióse animado el anciano de irresistible denuedo, y despues de invocar á la hija de Júpiter, lanzó el certero dardo, el cual fué á clavarse en la armada frente de Eufites, arrancándole en un instante la vida. Ulises y su hijo, seguidos de sus servidores, caen sobre las apretadas filas, las deshacen, y siembran en ellas la muerte; blandiendo lanza y espada, no dan á sus brazos punto de reposo, y habrían exterminado á la cohorte entera si Minerva no hubiese, con pavoroso grito, contenido á los combatientes.

»—Deteneos, ciudadanos de Itaca, dijo, cese la fatal contienda y reine otra vez entre vosotros la dulce concordia.»

»Á esta voz de Minerva, á este grito que llena el espacio, queda helado de terror el amotinado pueblo; cáenle las armas de las manos ,y emprenden todos precipitada fuga hacia la ciudad, sin más afan que salvar la amenazada existencia. Ulises, con furiosos gritos, los persigue y acosa; pero en aquel instante lanza Júpiter un rayo que cae inflamado á los piés de Mentor.

»—Generoso Ulises, mortal por tu prudencia ilustre, dijo entónces Minerva, conten en tí la devoradora pasion por el combate, ó teme la cólera de aquel que blande el rayo.

»Obediente á esta voz Ulises se detiene, y cesa la matanza.

»Desde aquel dia reinó en Itaca paz y ventura; borrado de los corazones el triste recuerdo de la sangre vertida, estrecháronse por medio de sacrificios y juramentos los lazos que unían al rey con su pueblo, y por favor especial de Zeus, el sosiego y la abundancia afianzaron la felicidad de todos.» (Homero).

¿Duró muchos años el reinado de Ulises? ¿Acabó su vida en el trono? Ignórase lo primero, y no estaban contestes las tradiciones acerca de lo segundo, sin que se sepa tampoco si se cumplieron en el héroe las predicciones de Tiresias, ántes de ahora referidas. Parece sí que un oráculo le había vaticinado que moriría á manos de su hijo, y contábase que en su vejez, para evitarlo, se alejó nuevamente de Itaca huyendo de Telémaco, y fué á morir á Podagra. Decía otra tradicion que el oráculo fué cumplido, no por Telémaco, sino por Telégono, fruto de los amores de Ulises y Circé. Arrojados por una tormenta á las costas de Itaca, Telégono y los suyos se dieron contra los moradores á crueles excesos; para castigarlos salió Ulises al frente de sus guerreros, y empeñada la lucha, Telégono, sin conocerle, le infirió mortal herida. Finalmente, segun otra tradicion, el héroe fué vencido por Pan, hijo que se supone ser de Penélope y de sus pretendientes. A creer esta última version, Minerva, de él apiadada, lo transformó en caballo, y en este estado murió de vejez.

Sófocles y Partenio dicen que Ulises, despues de regresar á su patria, vivió unos diez y seis años en compañía de Penélope. Un hijo llamado Poliportos nació en aquel tiempo de su dichoso enlace. Refería una tradicion que, restablecido que hubo la paz, emprendió un viaje á Epiro con objeto de consultar al oráculo de Apolo, siendo recibido por el soberano del país con extraordinarios honores. Pero no le impidió esto, hollando las leyes de la hospitalidad, seducir á Erippa, hija del rey, de la cual nació Euriales, quien, llegado á la adolescencia, fué enviado por su madre á Itaca en ocasion en que de ella estaba Ulises ausente. Penélope, que supo el criminoso orígen del mancebo, resolvió perderle, y para ello acusóle ante Ulises de haber intentado ultrajarla. Llevado por la ira, el héroe le dió muerte, y este fué el asunto que inspiró á Sófocles su tragedia de *Euriales*.

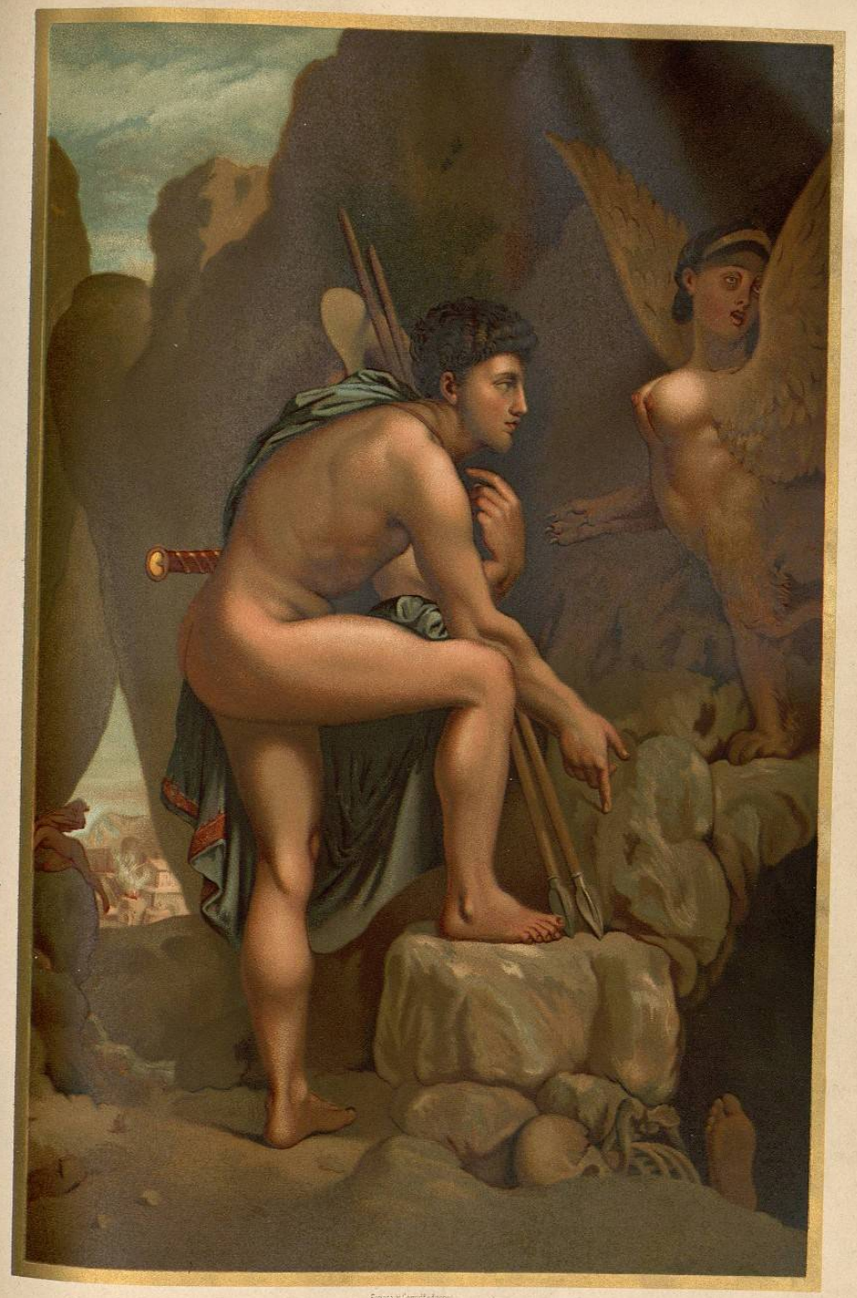
Ulises tuvo altares en Lacedemonia y un oráculo en Etolia, y, conforme hemos visto, muchas ciudades en el litoral del Mediterráneo y tambien en Caledonia y en los confines de Germania le atribuían su fundacion. Como Hércules fué Ulises un héroe, un genio fecundo en aventuras, con la diferencia de que el primero combate y el segundo viaja, y de ahí que fuese tenido como protector de la navegacion y se le tuviese por amparo de bajeles y navegantes.

La escuela evhemerista aventuró sobre Ulises diferentes hipótesis, entre otras la de que fué Homero, el cantor de la guerra de Troya y de sus propias hazañas.

La Penélope cantada en la *Odisea* fué en los tiempos antiguos modelo y prototipo de fidelidad conyugal; pero no todas las tradiciones la presentaron con los bellos colores del inmortal poeta. Entre los Mantineos se contaba que Penélope se hizo aborrecible para su esposo, quien imputaba á su ligereza y deshonestidad los graves escándalos que en su ausencia sucedieron; decíase que la reina se retiró á Esparta, y que fué á morir á Mantinea, donde se decía existir su sepulcro. En Arcadia teníase á Pan por hijo de Penélope y de sus pretendientes; en otros puntos se le suponía nacido de los amores entre la reina y Hermes.

Segun una tradicion, Penélope, despues de enviudar, fué esposa de Telégono, el matador de Ulises.

De Telémaco se cuenta que, sospechoso para su padre á causa del oráculo ántes dicho, hubo de salir desterrado de Itaca, y que en sus viajes tuvo por esposas á Circé, á una hija de ésta, por nombre Casifonia, á Poli-



Espasa y Comp.ª editores

EDIPO Y LA ESFINGE.

Cópia de una pintura de Ingres

casta, hija de Néstor, y tambien á Nausicaa, que lo era del rey feacio Alcinoo. De la primera nació Latino, segun unos, Romo ó Roma, dicen otros; la última le hizo padre de Perséptolis. Sin que la fábula exprese las causas de la tragedia, vése á Telémaco dar muerte á Circé, y perecer algun tiempo despues á los golpes de su consorte Casifonia, vengadora de su madre. Las aventuras que á Telémaco se atribuyen en obra con justicia famosa, son todas de invencion moderna, pues nada más que lo expresado en la *Odisea* y en las cortas líneas que preceden supo la antigüedad acerca de la vida y muerte del gallardo hijo de Ulises.